

aparición de Jehova, y en todos ellos se reflejan distintamente otros más antiguos, semítico-paganos, de carácter animista. Así como las religiones de este origen atribuyen todo acto extraordinario que excede de los límites humanos, y toda palabra que no se explica según las facultades usuales del hombre, á un espíritu superior que se apodera de él y le hace servir como *medium* de sus actos y palabras, del mismo modo en el grado de cultura religiosa en que se encontraba el antiguo israelita, Jehova aparece en lugar de este espíritu. Sin embargo, no se puede admitir que Jehova se incorpore por completo al hombre; el antiguo concepto se asemeja á la religión de Jehova, pero ésta se representa el espíritu que obra en el hombre como una parte del espíritu divino, ó su acto como un efecto de este espíritu. Con todo, la influencia de las antiguas nociones se muestra en manera muy significativa en que no se puede dejar de atribuir á este espíritu cierta especie de personalidad, sin que por eso se le considere por completo como ser independiente. Es un espíritu de Dios el que obra de aquel modo, y así uno malo se apodera de Saul y le hace perder la razón (1. Sam., 16, 14, 18, 10). Precisamente el loco, según las ideas animistas, está poseído de Dios y es por eso inviolable y hasta goza de cierta santidad (1. Sam., 21, 13 y siguientes). Obadías teme que un espíritu de Jehova se lleve á Elías mientras él va á anunciar su llegada á Acab (1. Reyes, 18, 12). Cuando, en nuevos órdenes de ideas, empieza á formarse una doctrina de figuras de ángeles y demonios en la religión de Jehova, adquieren también estos espíritus vida personal, constituyendo una especie de corte que rodea á Jehova y ejecuta sus mandatos, como se ve en el relato de los que engañan á los profetas de Acab (1. Reyes, 22), y siendo después finalmente convertidos, parte en ángeles que sirven los fines de salvación de Dios, y parte en demonios que los contrarían. Con esto el movimiento retrógrado llegó hasta muy cerca del punto de partida, y es muy instructiva en este punto la comparación de 1. Sam. 16, 14 con los pasajes del Nuevo Testamento en que se hace referencia á los demonios.

En el párrafo que dedicamos á las personas encargadas del culto nos extenderemos más sobre la intervención de Dios en las cosas terrenales, manifestada bajo la forma del hombre poseído de su espíritu. No es menos evidente, sin embargo, la influencia que nociones más antiguas ejercieron en las creencias israelitas acerca de la aparición de Jehova, produciendo la natural diferencia según se espera que Jehova se presente como juez ó como salvador y protector, y siendo distinta la forma de la aparición según sea el caso. Si Jehova viene al Juicio ó á combatir con sus enemigos, aparece, por lo general, radiante de majestad exterminadora; mas si acude al socorro y protección de uno de sus creyentes, no se deja ver con este pavoroso esplendor, sino en figura humana. Si á la idea de que Jehova aparece para pelear con sus enemigos, se asocia también la del auxilio amistoso que presta á Israel, en este caso pueden presentarse á un tiempo ambos conceptos, como sucede en el cántico de Débora. Representase, asimismo, en figura de hombre al Jehova que castiga y azota á su pueblo.

Ya hemos dicho que aun en tiempos modernos se describe la aparición del Jehova que ha de venir al Juicio, á manera de creciente tempestad (1), como también que de aquí procede la especie de la santidad exterminadora y de la imposibilidad de mirarle frente á frente; siendo probable que esto se refiera á una época más antigua, cuando en toda tempestad se veía una manifestación del poder de Jehova, y así se desprende también del carácter de ciertas expresiones e ideas. Algunos de los fenómenos naturales que se observan en la tempestad han sido personificados, según doctrina mitológica, en seres espirituales que acompañan á Jehova. El antiguo israelita oía en el trueno la voz de Jehova; en época más moderna se dice también: «Jehova alza su voz,» en vez de «Jehova truena,» y hasta la palabra *kólót*, voces, se ha convertido precisamente en la expresión usual para significar los truenos. Los rayos que despiden las nubes son las flechas de Jehova; las disparas con su arco, el cual mientras dura la tempestad está cubierto por los negros nubarrones y por eso solo es visible cuando desaparecen estos, presentándose como arco de bonanza para anunciar á los hombres que ha terminado ya la cólera del Dios de la tempestad y renace la paz (2). De la idea del trueno, como voz de Jehova, debe de proceder la especie de que ruge (*gá'ár*) delante de sus enemigos y así los espanta y aniquila, y de esta suerte el trueno viene á ser el grito de guerra de Jehova. Transformado en lo espiritual y al propio tiempo despojado de su carácter tenebroso, encontramos el concepto de la aparición de Jehova en medio de la tempestad en 1. Reyes, 19, 11 y 12. La tempestad, el trueno, hacen temblar las montañas, y los rayos preceden á Jehova como los guerreros á su príncipe; mas él mismo solo se presenta con el aire suave, de apacible murmurio, que se levanta tan pronto como se ha calmado la tormenta.

Como Dios de la tempestad se presenta también Jehova cuando, á ruegos de Elías, prende fuego al holocausto con el rayo que parte de un cielo sereno, lo que Baal no puede hacer (1. Reyes, 18, 36 y siguientes); cuando de día en forma de columna de humo y de noche como columna de fuego, acompaña al pueblo; cuando da á éste leyes entre truenos y rayos, y cuando al consagrar el templo (1. Reyes, 8, 10) se llena de humo el santuario, así como en su aparición á Isaías (Isaías, 6). Así serán también para nosotros más inteligibles otros rasgos, como la aparición de Jehova en la zarza que arde y el fuego que sale de la peña y consume la ofrenda de Jerobbaal (Jueces, 6, 21, 13, 19), y en este último caso la desaparición del ángel en medio de las llamas (3).

Si el Jehova que aparece en medio de la tempestad no trae siempre con ésta la muerte y la ruina al hombre, es debido á que los negros nubarrones que le trasladan desde el horizonte al lugar de la manifestación de su poder ocultan á los débiles ojos humanos el esplendor de su gloria. Ahora bien: estos nubarrones, que así como ocultan á Jehova son, al propio tiempo, señal de su presencia, han sido personificados como seres espirituales: son los querubines (4), que en testimonio de la presencia de Dios se encuentran en la sala posterior del templo, ideados y representados con alas, á causa de la velocidad con que corre la nube borrascosa, así como nosotros hablamos todavía de las alas del viento.

Los rayos que culebrean desde las nubes han sido personificados en los serafines, cuyo nombre ya indica que la figura primitiva fué la de serpientes celestes; en Isaías, 6, donde aparecen como acompañantes de Jehova, se representan en forma humana y alados, porque atraviesan los aires, mas se trasluce su primitiva naturaleza ígnea en el hecho de

(2) Este es el sentido de Gén., 9, 13. Igual concepto existe en la mitología india, según la cual el arco iris es el arco de Indra, con el cual dispara flechas á los demonios.

(3) Esta es una idea propia también de las creencias griegas sobre apariciones divinas.

(4) Así se desprende todavía de Salmos, 18, 10 y 11: *Y cabalgó sobre un querubín, y voló; voló sobre las alas del viento. Puso tinieblas por pantalla suya; era su pabellón en derredor de sí oscuridad de aguas, nubes de los cielos.*

(1) Cántico de Débora, v. 4 y 5: *Cuando saliste de Seir, oh Jehova, cuando te apartaste del campo de Edom, la tierra tembló, y los cielos destilaron, y las nubes gotearon agua; los montes se derritieron delante de Jehova, hasta el mismo Sinaí, delante de Jehova, Dios de Israel.*

la purificación de los labios del profeta, hecha por uno de ellos, con un carbon encendido (1).

Hemos de considerar, asimismo, como una interpretación mitológica de la nube de la tempestad, el carro de fuego con los caballos de fuego (2. Reyes, 2, 11) que llevó á Elías al lado de Jehova.

Si en lo que precede hallamos ideas que provienen directamente de la religión de Jehova, en cambio las de la aparición de éste en figura humana revelan marcada afinidad con los conceptos de los semitas paganos sobre las apariciones de los espíritus; y por cierto, conceptos propios de los habitantes del desierto, el cual, según creen hoy día sus actuales moradores, está poblado de espíritus y fantasmas, pues que la vida en aquellos parajes es en gran manera propensa á las alucinaciones. Allí el viandante solitario oye una voz que le llama, ó ve caminar á su lado un compañero, el cual es considerado á veces como agradable camarada y otras como tenaz perseguidor (2). Algunos habitantes del desierto tienen á determinado demonio ó espíritu siempre dispuesto á prestarles su auxilio y el cual se les aparece con frecuencia, mientras que otros han de pelear con demonios que se les presentan bajo las figuras más extrañas. Estaba tan arraigada en los antiguos árabes la creencia en estos espíritus del desierto, que el que viajaba por él no se echaba jamás á dormir sin exclamar primero: «Me recomiendo al espíritu de este lugar.»

Las apariciones de paz y auxilio de los espíritus, bajo la figura de un viandante, han sido, pues, atribuidas en general á Jehova, suponiendo unas veces que es el propio Dios que se presenta como caminante fatigado y cubierto de polvo — así aparece al hospitalario Abraham junto al árbol sagrado de Hebron (Gén., 18) (3), — y otras, pues que Jehova ocupa su trono en el Sinaí, que la aparición es enviada (4) por este Dios, como lejana manifestación suya. Por eso, cuando se tiene seguridad del origen de la aparición del ángel, que se presenta en figura humana, por lo general como caminante, se le reconoce y considera como al propio Jehova, tributándole también sacrificios (5); y del mismo modo, los narradores que describen semejantes apariciones, llaman desde luego Jehova al ángel.

Así vemos, en la leyenda de los patriarcas, que el ángel de Jehova es el instrumento de la misericordia de éste, tanto para con su pueblo como para sus creyentes individualmente: se presenta á Agar, que llora á su hijo moribundo, junto á la fuente de Lahajroi en el desierto (6), y, asimismo, á Jacob cuando regresa á su casa, dándosele á conocer como el número (el) de Bet-el, que ya se le había aparecido antes allí (Gén., 31, 11 y siguientes). Cuando el pueblo se dirige

(1) Hasta la época de Ezequías hubo una serpiente de bronce, llamada *nēhuschtán*, en el templo salomónico; y como éste contenía también figuras de querubines, podría parecer justificada la admisión de aquella serpiente como imagen de un serafín; sin embargo, se puede hacer á esta hipótesis la objeción de que solo existía una serpiente y ésta, por lo que sabemos, no representada en forma alegórica, como lo estaban los querubines, ni en la manera como se figuraba Isaías los serafines.

(2) Véase Sprenger: «Vida y doctrina de Mahoma,» tomo I, Berlín, 1861, págs. 216 y siguientes.

(3) Así los tres varones como la mayor parte de los árboles sagrados, de que se hace mención en el mismo relato, son fruto de adiciones y reformas posteriores. Es muy posible que primitivamente solo se tratara en este pasaje del ángel de Jehova.

(4) De ahí el nombre del ángel: *mal'ák*.

(5) Ciertamente que en Jueces, 13, 16, el ángel no quiere aceptar el sacrificio para sí, diferenciándose de este modo de Jehova, mas no parece probable que este rasgo sea originario; también en el versículo 19 se ha modificado la narración desde puntos de vista racionalistas.

(6) Gén., 16, 7 y siguientes. Aquí se echa de ver muy claramente el contacto con las ideas pagano-arábigas.

á la tierra de promisión, Jehova le envía á su ángel para que le guíe en su camino (Ex., 23, 20 y siguientes; 32, 34 y 35; 33, 2 y 3; Núms., 20, 16), é igualmente va el ángel delante de él de Gilgal á Bet-el (Jueces, 2, 1 y siguientes). Esta aparición en sus relaciones con los hombres procede como uno de ellos; acepta la hospitalidad de Abraham y los manjares que éste le sirve (Gén., 18); aguarda á que Jerobbaal vaya á buscar la ofrenda á su casa; aparece dos veces á la mujer de Manoah, y en la segunda espera hasta que ésta ha llamado á su marido.

Mucho más raros son los casos que se nos presentan de haberse relacionado con Jehova la creencia en apariciones de demonios hostiles. En el Ex., 4, 24 (J), se refiere que Jehova se encuentra de noche con Moisés en la posada para matarle; y en Núms., 22, 22 y siguientes, que al vidente Balaam, que iba en su burra á visitar á Balak, rey de Moab, se le aparece en el camino el ángel con su espada desnuda. Este es el origen de la idea del ángel exterminador, que hiere á los primogénitos en Egipto (Ex., 12, 23, J.), lleva la peste á Israel en tiempo de David (2. Sam., 24, 16), y mata 185,000 hombres en el campo asirio (2. Reyes, 19, 35).

La época antigua no tiene idea todavía de los ángeles en plural. Los seres espirituales que se conocen entonces no son de los que pueden estar ligados con Jehova; es demasiado vivo aun el antagonismo entre el culto de Jehova y el antiguo de los espíritus. Por primera vez nos presenta aquellos ángeles E, el cual significativamente les hace llamar y hablar desde el cielo (Gén., 21, 17, 22, 11), y bajar á la tierra por una escala (Gén., 28, 12).

La vida de los sueños influye al propio tiempo en los conceptos de las apariciones de Jehova; éste se aparece frecuentemente al hombre en su sueño, y ésta es otra asimilación de una idea de los cultos animistas. El hombre, sometido todavía al imperio de las ideas animistas, considera el sueño, según hemos indicado ya anteriormente, como algo que penetra desde el exterior en su alma, como una visita que un espíritu extraño hace al suyo. El antiguo israelita no solo concibe de igual modo la aparición de Dios en su sueño, sino que interpreta también — exactamente como el antiguo griego — todos los sueños como enviados á su alma por Dios, y esto explica desde luego la virtud de presagiar lo futuro que les es atribuida. Cuando hablemos de los oráculos volveremos á tratar este punto, como también la circunstancia de que para el antiguo israelita, como para el griego y el romano, tanto los sueños de presagio como las apariciones de Jehova están relacionados con determinados lugares de culto. Ahora es nuestro tema la misma aparición de Dios, ó lo que es igual, el llamamiento de Dios hecho al hombre en su sueño; y en la leyenda de los patriarcas encontraremos también esta vez los mejores y más abundantes ejemplos. Jehova se aparece á Abraham en el sueño (Gén., 15, 1 y siguientes, J.), y le anuncia que tendrá prole; se presenta y hace igual predicción á Isaac en Gerar (26, 4, J.); en sueño le ve Jacob (28, 13, J.), á quien se da á conocer como el Dios de sus padres. Son especialmente frecuentes estas apariciones durante el sueño en los relatos de E., en los cuales representan el mismo papel que las manifestaciones de Jehova á la luz del día (Gén., 28, 11 y 12; 31, 11; 46, 2). Deben ser considerados también como tales los tres llamamientos que oye Samuel, durmiendo junto al Arca (1. Sam., 3, 3 y siguientes), y la visión que tiene Salomón en Gibeon. De aquí procede, asimismo, como en muchos otros pueblos antiguos, la idea de que la divinidad se presenta preferentemente durante la noche y desaparece antes que despunte la aurora, como sucede hoy día con nuestros fantasmas. Así se ha idealizado la imagen del sueño en aparición; concepto, sin embargo, que tiene sus intermi-

en santuarios y moradas de Jehova. Era muy natural que se considerasen los montes, envueltos por las nubes durante la tempestad, como lugares en que Jehova se aparecía preferente y frecuentemente, y de esta creencia tenemos diversos testimonios directos. Balaam va al monte para ver si Dios le sale al encuentro (Núms., 23, 3), y en Gén., 22, 14, se nos ha conservado un dicho proverbial de la aparición de Jehova en el monte. Por lo mismo, los lugares de culto de las varias poblaciones estaban situados señaladamente en los montes y collados, y todos los lugares designados con los nombres de Rama, Mizpa y Gibeá ó con otros compuestos de estos, se formaron junto á tales santuarios. Para los profetas, el antiguo culto israelita es el de los montes y collados (Oseas, 4, 13; Jer., 2, 20; 3, 6 y 23; 17, 2; Ez., 6, 13; 18, 6, 13 y siguientes; Isaías, 57, 7; 65, 7; 1. Reyes, 14, 23-), y para los paganos, como los sirios, los dioses de Israel son dioses de los montes (1. Reyes, 20, 23).

Junto al santuario de Hebron se encuentra, sin embargo, un sepulcro de antepasados, la cueva de Makhpela, en la cual está sepultado Abraham, y, según la leyenda posterior, toda la familia de los patriarcas fué enterrada también allí, siendo esta cueva aun hoy día uno de los santuarios más venerados del Islam (1). En Siquem está el sepulcro de José. Junto al santuario de Kadesch-Barnea, tan célebre según la leyenda y que debe estar tan íntimamente ligado con la primitiva historia de la tribu de Leví como el de Beerlahajroi con la de Simeon, se encuentra el sepulcro de Miriam, la hermana de Moisés.

Bajo un árbol sagrado está el lugar de culto en Ofra (Jueces, 6), y un tamarindo plantado por Abraham se encuentra, asimismo, junto al de Beerseba, si bien el verdadero santuario aquí es la fuente.

Al lado de fuentes sagradas tienen su asiento los altares de Sion, el de la fuente de Rogel en Beerlahajroi, en el extremo Sudoeste, y el otro en Kadesch-Barnea. Hay también piedras sagradas, además de la de Bet-el, cuyo verdadero santuario consiste en la misma piedra, en Ofra, Siquem y Sion.

Ahora bien: junto á los sepulcros de Abraham y José se encuentran igualmente árboles sagrados, y de ambos varones traen su origen linajes posteriores; no es posible, pues, dejar de reconocer aquí la analogía con el sepulcro de los héroes de los griegos, junto al cual se ve también un árbol sagrado, á cuya prosperidad se considera ligada la de la familia y ante el cual los descendientes ofrecen sacrificios al alma del antepasado, que se cree que habita en él. Lo mismo que junto á estos árboles de los héroes griegos, existen altares junto á los sagrados de Siquem y Hebron.

Desde luego suscita esta analogía la hipótesis de que antes de que los altares de Hebron y Siquem lo fueran de Jehova, se debieron de ofrecer en ellos sacrificios á los espíritus de los ascendientes Abraham y José, viniendo á demostrar la exactitud de la consecuencia que hemos deducido de las instituciones sociales del antiguo Israel, acerca de la existencia en tiempos primitivos del culto de los antepasados.

La derivación de tribus y pueblos de distintos troncos y el designarse los pueblos con los nombres de sus patriarcas, es ya indicio evidente, según hemos visto, de la práctica del culto de los antepasados. Estos son los custodios y defensores de las leyes de la tribu, y su culto significa la perpetuidad del linaje, que adora como á su protector al respectivo antepasado. Mas es completa la evidencia de semejante conclu-

(1) Solo á elevados personajes cristianos ha sido permitida la entrada en ella: en 1862 al príncipe de Gales; en 1866 al marqués de Bute y en 1869 al príncipe heredero de Prusia.

sion, cuando los nombres de los patriarcas están relacionados con sepulcros, existentes aun en época histórica, y cuando estos últimos son á la vez lugares de culto. Este carácter tenían los sepulcros de los antepasados de los linajes romanos y griegos, y allí se tributaban sacrificios al héroe del cual se derivaba el respectivo linaje. Podemos, además, ver hasta en tiempos muy modernos cómo está relacionada la formación de una tribu con la conversión del lugar de culto, donde yace su héroe epónimo, en el santuario de la misma tribu. Los argelinos Uled-Sidi Scheikh, que tanto han dado qué hacer á los franceses hasta estos últimos años, solo llegaron á formar un pueblo en el siglo pasado por la fusión de varias tribus hasta entonces independientes, y llevan el propio nombre de su santo ó morabito Sidi Scheikh, cuyo sepulcro, situado junto á El-Abyad, es adorado por ellos. En general, solo se concibe que pueda haber también en Israel una tradición de que determinados sepulcros, existentes en época histórica, son los de ciertos héroes suyos, suponiendo que fueran venerados aquellos desde antiguo.

Así se ve el sepulcro de Raquel, donde se encuentra una piedra sagrada, junto á Efrat, en la tribu de Benjamin (2). El de Josué existía en la época histórica en Timnat-Serach, y según Jueces, 16, 31, las leyendas de Samson arrancan de un sepulcro de héroe. El ama Débora fué sepultada, cerca de Bet-el, bajo el árbol plañidero, según Jueces, 4, 5, un sauce (Génesis, 35, 8). Héroes de tribu son los jueces Tola, Jair, Jefé, Ibsan y Abdon, de los cuales no se mencionan hechos determinados, pero cuyos sepulcros se conservan. A idénticas deducciones se prestan todos los demás héroes de que se hacen derivar tribus y se consignan ciertos hechos, como Otoniel, Caleb, Hud y otros.

Ahora bien, en apariencia, el caso es distinto por lo que toca á Moisés. El sepulcro de Aaron, de quien se hacen descender los legítimos sacerdotes, figura como situado en el monte Hor, donde indudablemente existió en época histórica uno de antepasados que se tenía en gran veneración; mas no se indica el lugar del de Moisés, y aquí precisamente se demuestra cuánto dependía en el Israel antiguo el concepto de un héroe y tronco de un linaje — y Moisés lo era, como veremos luego, de los sacerdotes levíticos — de que fuera venerado su sepulcro. Echóse de ver, pues, esta deficiencia respecto de Moisés, y la leyenda sagrada haciéndole sepultar por el mismo Dios en un monte, sin que nadie sepa dónde está su sepulcro, se adhiere, por un lado, estrechamente á los conceptos populares sobre los sepulcros de los antepasados, y á la costumbre beduina de situarlos en lo alto de los montes (3), y por otro, protesta, en cambio, contra la idea del culto de los muertos. Moisés, el fundador de la religión de Jehova, que vino á desterrar este culto, no puede en modo alguno ser venerado en su propio sepulcro. Además, la falta de éste tal vez no solo se explique por no haber pisado Moisés la Tierra Santa, sino que quiera también significar que es un personaje histórico muy distinto de Josué, José y Abraham (4).

(2) Respecto á la leyenda posterior, según la cual se encuentra este sepulcro junto á Bethlehem, al Oeste de cuya ciudad aun se enseña hoy día un ó con sarcófago, procedente de la Edad media (del siglo xv, según Socin), como el de Raquel, véase la «Revista científica del Antiguo Testamento», 1883, págs. 5 y siguientes.

(3) Wetzstein, en la «Revista del conocimiento general de la tierra», año 1859, págs. 134 y 144.

(4) Hay que guardarse, ciertamente, de deducir de la veneración del sepulcro de un antepasado que el sepultado allí, según la leyenda, no deba considerarse como un sér real. El sepulcro de Abu Ghosch, mandado ajusticiar por el gobierno egipcio á causa de sus deprecaciones, goza hoy de santidad entre los beduinos de la Siria, que veneran en él un modelo de virtudes beduinas — en las que hay que comprender también el saqueo de viajeros; — véase Goldziher: *Le Culte des Saints chez*

Nada concreto sabemos tampoco acerca de los sepulcros de Jacob é Israel, de cuya muerte y de cuyo entierro solo se hace mención en la Escritura fundamental, figurando este último como efectuado en Hebron; mas parece probable que en el antiguo Israel se veneraran aquellos en Bet-el y Beerseba (1).

Que el antiguo Israel creía que los espíritus de sus antepasados no solo existían en aquellos sepulcros ó junto á ellos, sino que se interesaban en la suerte de sus descendientes, se desprende con toda evidencia de aquel pasaje de Jeremías (31, 15 y 16) en que, al predecir á Efraim el regreso á la Tierra Santa, se nos presenta á Raquel lamentándose de la pérdida de sus hijos, en llanto tan amargo y fuerte, que llega á oírse en Rama y es consolada por Jehova. Por eso hemos de interpretar todos aquellos casos en que un patriarca intercede cerca de Jehova, en el sentido de que en los tiempos más antiguos los adoradores de los héroes se dirigían á ellos mismos, en plegaria y por medio de sacrificios, para obtener su intercesión con Jehova; y que el antiguo israelita poseía ya el concepto de santos intercesores, nos lo demuestra Jeremías, 15, 1, en cuyo pasaje aparecen Moisés y Samuel con carácter de tales. Sin embargo, en todas partes donde se nos presentan santos intercesores, estos han venido á sustituir á otros objetos más antiguos de veneración, desterrados del lugar de su culto por deidades de orden más elevado, ó á veces simplemente más modernas, siendo manifiesto que los santos de esta clase de la iglesia católica no han tenido otro origen. En igual caso se encuentran los del Islam, como lo prueban los ejemplos siguientes: la Bubastis de Túnez está hoy representada por el Scheich Achmed el Badawi; en Tiro se adora á Adonis en la actualidad como Scheich Ma'aschuk, y á la luna nueva como Scheich Hilal en Deir-al-Mukarram, cerca de Damasco, y hasta olivos sagrados han dado origen á los santos Abu-Zeitun y Sitti-Zeitun (2). Se explica este, á primera vista, extraño fenómeno, por una ley natural que se impone á todas las religiones. Sucede siempre que un culto es sustituido por otro, que las ideas religiosas transmitidas de una á otra generación, aun cuando estén condenadas del modo más terminante por la nueva doctrina, no pueden ser relegadas de golpe al olvido, y ni siquiera hay posibilidad de desarrollar desde luego en toda su pureza los nuevos conceptos al lado de los antiguos. Dase este caso, principalmente, cuando las ideas antiguas están ligadas á un lugar determinado y han sido origen de ciertas fiestas y ritos populares, pues que entonces las protege el uso de la vida social, y en tal situación solo se puede conseguir al principio amoldar en lo posible las primitivas costumbres al nuevo orden de cosas. Podemos, pues, admitir con cierta seguridad, por analogía con otras religiones, que igual procedimiento se efectuó en el antiguo Israel. Una vez ya israelitas Hebron y Siquem, los héroes adorados allí se convertirían al principio en santos intercesores, y luego el culto rendido á estos se iría dedicando gradualmente á Jehova.

Semejante comparación de los patriarcas del pueblo de Israel con los santos del Islam, ó sea con los de las tribus mahometanas, está justificada así por la circunstancia de que unos y otros son tenidos por patronos de sus respectivos descendientes, como también por la de que de cerca y de lejos se va en peregrinación á sus sepulcros, del mismo modo que á los grandes santuarios creados posteriormente.

Es, por otra parte, una prueba principal de que los gran-

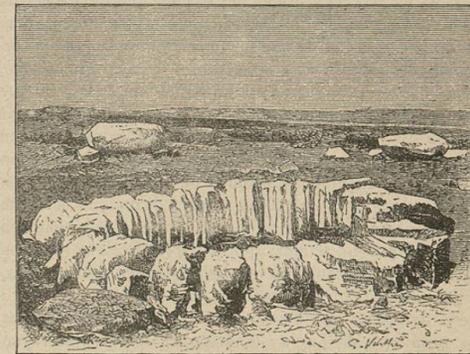
les musulmans, en la *Revue des religions*, 1880, págs. 350 y 351, y Conder: *Tent Work in Palestine*, tomo I, página 20. Otro caso parecido se refiere en la misma obra, pág. 116.

(1) Aunque pudieran ser también de númenes de otro orden.

(2) Véase el ya citado é interesante artículo de J. Goldziher en la *Revue des religions*.

des santuarios del antiguo Israel, antes de que lo fueran de Jehova, lo habían sido de los héroes de las tribus, el hecho de que también se encuentren en aquella época indicios de la creencia de que árboles, piedras y fuentes están animados por espíritus que pueden servir y perjudicar al hombre, y se observe en este punto la misma apropiación en favor de Jehova. Aquí se nos presentan, pues, paralelamente el fetichismo y el culto de los antepasados, como, por ejemplo, en la Grecia antigua, al lado del culto de los héroes, de los árboles y de las piedras, la adoración de las ninfas de los bosques y de las fuentes; é igual fenómeno podemos observar en todas las partes del mundo (3).

No es solo junto á los sepulcros de los héroes y los santuarios de las tribus donde vemos figurar los árboles sagrados, sino que también se sienta el rey á su sombra para hacer justicia (1. Sam., 22, 6; 14, 2, y Jueces, 4, 4 y siguientes), en torno suyo se congregan las asambleas populares (Josué, 24,



Fuente de Beerseba.

26; Jueces, 9, 6; 1. Reyes, 12) (4), y junto á ellos se sitúan asimismo los varones que pronuncian oráculos, como lo prueban los nombres 'Elón mórae, «árbol sagrado del consejero», dado al árbol de Siquem, y 'Elón meónenim, «árbol sagrado del adivino», que lleva otro en las cercanías de la misma ciudad.

Es, además, decisivo el dato de que los árboles de perpetuo verdor, esto es, los que rebosan de fuerza vital, sean, como sucede también en otros pueblos, los que gozan del carácter de sagrados; los «verdes» es el dictado que constantemente les dan los profetas. Por último, el mismo nombre que llevan indica ya que son considerados como seres divi-

(3) Sobre este punto estamos muy bien enterados por las obras de Tylor (tomo II, págs. 216 y siguientes) y de Mannhardt: «Cultos del bosque y del campo», Berlin, 1875 y 1877. Es especialmente instructivo el culto griego de los árboles, sobre el cual debe consultarse en particular la obra de Bötticher: «El culto de los árboles de los helenos», Berlin, 1856, como también el de los otros pueblos semitas, que, al llegar al politeísmo, relacionaron frecuentemente, como los griegos, los árboles sagrados con las nuevas deidades: como, por ejemplo, el mirto con la Astarté-Afrodita, diosa del amor, y el ciprés con la misma, como diosa de la vida, y así se explica el uso aun hoy día del mirto como adorno de las novias y del ciprés como árbol de los sepulcros. Los árboles sagrados Samura, junto á la Meca, han sido relacionados con la diosa de la luna, Uzza, mientras que otro árbol, situado también al pie de la Meca y llamado dhátu' anvat, «la señora», esto es, el demonio femenino de Anvat, no ha sufrido esta apropiación. Véase L. Krehl: «La religión de los árabes preislámicos», Leipzig, 1863, págs. 73 y siguientes. Baudissin también trata de los árboles sagrados entre los semitas, en sus *Estudios*, tomo II, págs. 184 y siguientes.

(4) Véase Bötticher, pág. 127.

tencias, no llegando á ser constante. La súplica del ángel que lucha con Jacob: *Suéllame, que raya el alba* (Gén., 32, 27), puede citarse como testimonio del mismo concepto, y quizá también Gén., 19. De noche se presenta, igualmente, Dios á Moisés en la posada para matarle, y el ángel exterminador para herir á los primogénitos de Egipto.

Israel, como los demás pueblos de la antigüedad, está poseído de la creencia de que los dioses dan á sus creyentes señales precursoras de la marcha futura de los sucesos, especialmente si les son pedidas en debida forma. Así Jehova permite que ocurran (*hikrá*) á sus adoradores ciertos hechos insignificantes en apariencia, pero que les sirven de anuncio de otros de mayor importancia; y así como en general hace milagros á ruegos de los hijos de su pueblo y modifica en su favor el curso de los sucesos, bendice á los que ellos bendicen y maldice á los que ellos maldicen, del mismo modo les deja determinar en qué ha de consistir la señal que les debe servir de presagio sobre lo porvenir. El esclavo Eleazar, al llegar á la fuente junto á la ciudad de Nachor, suplica á Jehova, el Dios de su señor Abraham, que le dé á conocer entre las jóvenes que salen de la ciudad á buscar agua, á la novia destinada á Isaac, y le pide como presagio que no solo le dé de beber de su cántaro cuando se lo ruegue, sino que también se ofrezca espontáneamente á abreviar sus camellos (Gén., 24, 12 y siguientes, J.). Del mismo modo, Isaac, cuando se le presenta Jacob con los vestidos de Esaú, piensa que Jehova, haciendo correr hácia éste la caza que había ido á buscar, le ha dado una señal de que obtendrá la bendición paterna (Gén., 27, 20, J.). Jerobbaal, según vemos en un pasaje, por cierto muy reformado (Jueces, 6, 36-40), se hace dar supersticiosamente por dos veces una señal de que ha de vencer á los madianitas.

Semejantes avisos precusores es natural que se busquen y se encuentren en las cosas más diversas, y especialmente en las anómalas. Así el hecho de que Rebeca siente que se empujan uno al otro los hijos que lleva en su vientre, es un signo cuya interpretación se consulta con el oráculo en Beerseba (Gén., 25, 21 y siguientes). Parece, asimismo, que muchas veces se consideraba la primera palabra que pronunciaba la persona que se encontraba ó con quien se hablaba, como presagio del curso de determinadas negociaciones (1. Reyes, 20, 33). Y si consideramos que, según la leyenda (Gén., 44, 5), José se servía de una copa para adivinar, no hay ya diferencia alguna entre tales procedimientos y la magia pagana.

III. La morada de Jehova. Los lugares de culto y su disposición.

Difícilmente hallaremos otro concepto que evidencie con tanta claridad como demuestra el de la morada de Dios, que la religión anteprofética de Israel se formó de una amalgama del culto de Jehova con los elementos encontrados en la comarca occidental del Jordán y pertenecientes á otro culto más antiguo de carácter animista-fetichista.

El antiguo Israel ignora que Jehova tenga su asiento en el cielo (1). Como Dios del rayo y de la tempestad, lo más natural fuera que se le representara sentado en su trono sobre las nubes; mas no sucede así, y se le fija la morada en la

(1) El primer indicio de este concepto se encuentra en la mención que hace E, en Gén., 28, de la escala que llega hasta el cielo. Es cuestionable si en 1. Reyes, 22, 19, donde se nos presenta Jehova en su palacio, sentado en su trono y rodeado del ejército del cielo, ha intervenido algún revisor ó reformador, tanto más cuanto que la especie de que Dios escoge á un espíritu para instrumento suyo, es contradictoria del resto. Igual duda suscita 2. Reyes, 2, 11. En todo caso, estos pasajes reflejan conceptos más modernos.

tierra, estando, sin embargo, divididos y hasta en contradicción los conceptos sobre el lugar habitado por él. Supónese, en general, que Jehova tiene su mansión en su tierra de Canaan, á la cual aun Oseas (8, 1, 9, 3, 15) llama la casa de Dios. Según el Ex., 15, 17, Jehova condujo á su pueblo á los montes de Canaan, donde tenía el lugar de su morada. Por eso David, que se ve expuesto á que Saul le arroje de la tierra de Israel, exclama: *No caiga, pues, ahora mi sangre en tierra lejos de la faz de Jehova*. Así también pone la leyenda (Gén., 4, 14) en boca de Caín, que, arrojado de la Palestina, suplica mitigación de su castigo, estas palabras: *He aquí que me echas hoy de la faz de la tierra, y de tu presencia me esconderé*.

Más no se considera á Jehova igualmente presente en todos los puntos del territorio, y hasta existe un concepto según el cual habita fuera de su tierra, siendo éste precisamente el que debe reconocerse como propio y primitivo de la religión mosaica, pues que fija la morada del Dios en el mismo monte de la fundación del culto, en el Sinaí ó Horeb (2).

Al Sinaí se dirige Elías en su desesperación para visitar á Jehova (1. Reyes, 19, 14 y siguientes) (3). La circunstancia de que este monte fuese considerado como la mansión de Jehova, la hemos interpretado ya en el sentido de que el culto del Dios, como lo supone la leyenda sagrada, procedía del mismo Sinaí; pero no es suficiente explicación de ello la especie de que este monte es el más elevado en aquel territorio, alzando su cumbre por encima de las nubes, pues que todos los montes de alguna elevación eran moradas de dioses en la antigüedad semítica, y no puede demostrarse que el Sinaí fuera el más alto.

Además, del concepto, aceptado por Israel al propio tiempo que la religión de Jehova, de que éste reside en el Sinaí, existe también, y mucho más extendido, el de que habita en los santuarios del territorio. Es general en toda la antigüedad la creencia de que los dioses moran en las ciudades donde tienen su culto y las abandonan antes que sean conquistadas por el enemigo. Y por cierto, que el antiguo israelita cree que Jehova está presente en toda su integridad en cada uno de los santuarios en que es adorado (4), aunque no tiene la idea de su ubicuidad. Solo se explica esta creencia como rudimento de una época más antigua, en la cual eran adoradas, en los varios santuarios del país, distintas figuras de dioses, que fueron relegados al olvido por el Dios nacional al ser introducido su culto en aquellos lugares. Así se encuentran todavía bastantes indicios de la primitiva diversidad de estos dioses. El israelita, sin advertir cuánto contradice el concepto de Jehova como único Dios en Israel, habla del Dios de Dan y de Beerseba (Amós, 8, 14), del Jehova-Salom (*Jehova es paz*), de Ofra (Jueces 6, 24), del El que se manifestó en Bet-el (Gén., 31, 13), así como del aparecido á Agar (Gén., 16, 13); y las expresiones proféticas, como: el pecado de Samaria (Amós, 8, 14), y el becerro de Samaria (Oseas, 8, 5 y 6), no son más que versiones de la popular: «el Dios ó el Jehova de Samaria.» Aquí se repite precisamente el caso, propio de todas las religiones, de que el culto local viene á perpetuar conceptos religiosos más antiguos. Los mismos profetas, en sus juicios respecto de la morada de

(2) Jueces, 5, 4. Deut., 33, 2. Ex., 3. Según Ex., 19, 18, desciende Jehova desde la nube de la tempestad sobre la cumbre del Sinaí; más es dudoso si en este pasaje se refleja un concepto antiguo ó se describe tan solo la aparición de Dios en la forma acostumbrada de tempestad.

(3) Según el pasaje indicado, es de suponer que la cueva del Horeb tuviese una significación especial, siendo quizá lugar consagrado al oráculo.

(4) Véase la afirmación que hace el Libro de la Alianza en Ex., 20, 24: *En cualquier lugar donde yo hiciere que esté la memoria de mi nombre, vendré á tí y te bendeciré*.

Jehova, no solo no discrepan sino en cierto grado del criterio popular, sino que, bien mirado, vuelven al sentido primitivo de aquellas expresiones, que excluye que la misma divinidad pueda habitar otro lugar; se revuelven contra la idea de que Jehova reside en Bet-el, en Dan, etc., pero encuentran muy natural que more en el templo de Jerusalem. Por lo mismo se llama este templo casa de Jehova, morada que Jehova ocupó cuando Salomón la hubo consagrado (1. Reyes, 8, 10) y que era, como posteriormente lo expresa aun Ezequiel (43, 7), el lugar de su asiento y el lugar de las plantas de sus pies, habiéndola abandonado, según creencia de este profeta, antes de la destrucción de Jerusalem, cuando fué llevada al cautiverio toda la casa de Joaquin. Partiendo, pues, de esta hipótesis, niegan que Jehova esté en otro sitio.

La leyenda levítica ha tenido cuidado de poner en consonancia con la unidad de Dios la creencia popular de que Jehova habita los varios lugares en que se le tributa culto, y lo consigue, haciendo derivar la santidad de estos lugares, no de la circunstancia de que Jehova more en ellos, sino de que se haya aparecido allí en otro tiempo. De esta suerte explica, así el origen de los santuarios de Hebron (Gén., 18), de Beerseba (Gén., 26, 24), y de Bet-el (Gén., 28), como también el de los fundados en Ofra por Jerobbaal (Jueces, 6) y en el monte Sion por David (2. Sam., 24).

Sin embargo, el lenguaje usual referente al culto contradice esta equiparación, y es testimonio evidente en favor del primitivo concepto; y no solo tienen este carácter las locuciones citadas anteriormente y consentidas por ser aplicadas al santuario de Sion, sino que conviene además observar que Jehova mora en el templo desde que el Arca se encuentra allí, y aun más, que el antiguo Israel se representaba á Dios como habitando en la misma Arca. Solo así se explica que la traslación de esta última á tierra de filisteos causara tanta desgracia; solamente así se explican sucesos como los que hemos referido al hablar de aquella traslación y las precauciones con que David llevó el Arca á su alcázar. Este es, sin embargo, un concepto que, desde el punto de vista de la historia de la religión, debe ser considerado como fetichista, porque aquí se presenta á Jehova unido á un objeto material, siendo de todo punto indiferente para el caso lo que pudiese haber dentro del Arca. Esta antigua idea fetichista se vuelve á encontrar también en el nombre Bet-el, ó sea: «morada de un dios.» Del contexto del Gén., 28, 11 y siguientes, se desprende con toda claridad que se consideraba á Jehova como morando en la piedra que era allí venerada. A igual deducción se prestan las expresiones empleadas para significar la visita á los lugares consagrados al culto. El que á ellos va á sacrificar ó á recibir oráculo, «va á encontrar á Jehova,» ó «se presenta á Dios» y «ve su faz» (1). Mas la prueba incontrovertible de que se consideran habitados por Dios los sitios donde se le tributa culto, es el derecho de asilo de estos santuarios, transformado posteriormente en el de apelación y aplazamiento de la pena. El que penetra en la casa de Dios en busca de protección, la obtiene de éste, como el fugitivo la obtiene del dueño de la casa, que le ha permitido refugiarse en ella; y si es una ofensa mortal hacer violencia al protegido de un hombre, ¿cuánto más no lo será tratándose del amparado por Dios?

Por último, la circunstancia de existir santuarios de distinto valor religioso para la fe, atestigua á primera vista que

(1) Ciertamente que esta última locución fué impugnada por el judaísmo posterior, y en su consecuencia se modificó, en manera bastante torpe, la forma activa «ver» en la pasiva «dejarse ver,» mas sin ajustar á ésta la construcción activa de toda la frase, de tal suerte que ni siquiera la expresión «ver la faz del rey» nos puede ilustrar hoy acerca del primitivo sentido de semejante modismo.

Jehova habita en ellos. No necesita, sin embargo, demostrarse que este concepto debió de ser en su origen completamente extraño á la religión del Jehova del Sinaí; éste, que se aparece en todos los puntos del territorio cuando es invocado por sus creyentes, puede ser también adorado en todas partes, esto es, que el sacrificio que se ha de hacer no está, por consiguiente, ligado á la idea de un determinado lugar, á pesar de lo cual en realidad solo se le rinde culto en los lugares destinados á este objeto en el país. Ahora bien, el concepto sacerdotal, basado en las leyendas locales de los diversos santuarios, dice: en todas partes del territorio, pero solo en aquellos sitios declarados aptos para las relaciones con la divinidad á causa de una aparición de Dios, como en Siquem, porque allí se apareció á Abraham y á Jacob, en Bet-el y Penuel á Jacob-Israel, en Hebron á Abraham, en Beerseba á Isaac y á Abraham, en Ofra á Jerobbaal y en Sion á David. También el Libro de la Alianza, Ex., 20, 24, mantiene enérgicamente este punto de vista; mas como estos santuarios, que se hacen derivar de apariciones divinas, todos existían ya, por lo que sabemos, antes de la inmigración de Israel, y como el culto allí está ligado á determinados objetos materiales, la afirmación: «Jehova es adorado allí donde se apareció á los patriarcas,» ha de interpretarse de esta manera: «Jehova es adorado allí donde es considerado existente ó donde lo fué en el tiempo pasado.»

Así, pues, todo el antiguo culto israelita, sin excluir al hierosolimitano, está comprendido en el concepto del tributado en las alturas, estigmatizado por los profetas (2), esto es, el culto junto á los sepulcros de los antepasados, bajo los árboles y sobre los montes sagrados, junto á las piedras y fuentes sagradas. Tenemos motivos para suponer que toda localidad de alguna importancia en el antiguo Israel poseía su lugar de culto (*bâmâ*), como en los países cristianos tiene cada una su iglesia. Mas donde quiera que hallamos alguno de especial consideración, lo vemos junto á uno de los expresados objetos materiales, ó cuando menos está levantado sobre un monte, como los pagano semíticos, si es que no concurren ambas circunstancias. Desde el extremo Norte al extremo Sur de Israel y hasta más allá de la frontera de este último, se encuentran semejantes lugares que son atribuidos al tiempo pasado israelita, habiendo debido tener, por lo mismo, cierta importancia para Israel ó cierta semejanza con sus santuarios, ó ambas cosas á la vez.

La creencia de que los montes son morada de los dioses, creencia que encontramos en griegos, romanos é indios, es también muy general entre los semitas paganos (3); pero en ninguna comarca semítica se ve tan frecuentemente demostrada como en la Palestina, donde, además del Sinaí, el Hermon, como ya su nombre lo indica, el Carmelo (1. Reyes, 18, 19), el Tabor (Deut., 33, 19), los montes Ebal, Garizim y de los Olivos (2. Sam., 15, 32; 1. Reyes, 11, 7), los montes Hor y Peor, ó Phegor, habiendo este último dado nombre al Baal de Peor (Belfegor), tienen todos el carácter de sagrados. Este último ejemplo evidencia que en todos los casos se trató primeramente de la adoración de un dios determinado que habitaba en el respectivo monte. Sería, sin embargo, erróneo suponer que estas deidades eran celestes ó astrales, y así lo demostrará lo que exponemos más adelante sobre la costumbre de los sepelios en la cumbre de los montes. Las moradas de los dioses en la comarca occidental del Jordán ó, lo que es igual, los lugares de culto que allí se encontraban, se convirtieron después de la inmigración

(2) Los profetas dicen así: «el culto sobre los montes y alturas y bajo los verdes árboles.»

(3) Véase la enumeración que hace Baudissin, tomo II, págs. 238 y siguientes.